

Cartas privadas de emigrantes a Indias *

Enrique Otte es un investigador nacido en Madrid de padres alemanes y que hoy rumia en Berlín sus nostalgias hispánicas. Aunque separado físicamente de España por azares de la vida nunca ha abandonado la vocación americanista que nació en él durante su larga estancia en Sevilla y de la que da testimonio una bibliografía tan abundante como selecta. El libro que ahora nos ofrece con el patrocinio de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía es un denso volumen de más de seiscientas páginas que recoge una antología de 650 cartas escritas desde Indias entre 1540 y 1616. Están sacadas de los expedientes de licencias para pasar a Indias que a cada emigrante abría la Casa de Contratación y que hoy se conservan en el Archivo General de Indias. El criterio de las administraciones españolas era restrictivo; por eso, en muchos casos, los emigrantes aportaban, como prueba de la viabilidad del viaje que proyectaban, misivas de parientes suyos que, en la mayoría de los casos, les animaban a intentar la aventura y les ofrecían su ayuda.

Largo tiempo la atención de los historiadores se ha concentrado en los efectos que tuvo en América la llegada de los conquistadores y colonos. Nos interesa ahora también evaluar las repercusiones de todo orden que en España tuvo la empresa americana, no sólo desde puntos de vista

políticos y económicos sino humanos, dentro de la corriente que hoy suele llamarse *historia de las mentalidades*. En este sentido, el volumen del profesor Otte reviste extraordinario interés porque expresa cuáles eran los móviles más frecuentes que impulsaban a los emigrantes, qué sentimientos guardaban hacia los deudos que habían dejado en España y cuáles eran las imágenes que les transmitían acerca de las Indias. No puede sorprender que en la mayoría de los casos esas imágenes sean favorables, y que el cotejo entre la realidad americana y la española resulte ventajoso a la primera; sin duda, cartas decepcionantes no serían aportadas. Tuvo que influir también la típica mentalidad del emigrante, que justifica su acto con la prosperidad adquirida. La mentalidad del *indiano*. Aún con estas reservas, los testimonios son de interés, y apoyados con frecuencia en datos concretos: «Los hombres que se aplican a trabajar en esta tierra medran más en un año que allá en toda su vida». «Si acá quisierais ser labrador, aprovecharos ha el trabajo mejor que no allá, porque la tierra es fértil y abundosa y se coge pan dos veces al año». Desde Guatemala escribe un emigrante: «Lo que sobra a mis esclavos holgaría comiérais vos y mis sobrinos». Otros desde Zacatecas: «En esta tierra vale un día de trabajo más que ciento en España». Y uno desde Cartagena: «Os valdría a vos mas (aquí) un año que allá veinte». No pocos contabilizaban en miles de ducados la hacienda que habían reunido en fincas, esclavos y numerario».

En el amplio estudio preliminar, Enrique Otte sintetiza estas referencias y las relativas a los incidentes del viaje, la religiosidad y otros aspectos que se deducen de las cartas. También han elaborado cuadros e índices referentes a procedencias, destinos y profesiones. El examen de estos índices confirma en unos casos y rectifica en otros los hechos ya conocidos. Más de un tercio (el 36,16 por 100) de los destinatarios de las cartas residían en Andalucía, pero esta afirmación hecha así a bulto puede ser engañosa, porque la gran mayoría de las cartas (122 sobre 171) iban dirigida a Sevilla, cuya población era mezclada y cosmopolita. Como contraste, sólo había tres destinatarios de Granada, y ninguno de Almería, lo que, unido a lo que nos enseñan los datos globales sobre emigración que pronto dará a conocer Lourdes Díaz Trechuelo, obliga a matizar el papel predominante que se atribuye a la región andaluza. Teniendo en cuenta la diferencia de tamaño, la contribución de Castilla la Nueva no aparece menos relevante.

La distribución cronológica de las cartas ofrece también conclusiones de interés: desde 1570 las cifras se disparan;

* Enrique Otte: Cartas privadas de emigrantes a Indias. Sevilla (1988).

u número, con los naturales altibajos, permanece muy elevado hasta 1595, y luego acaece una baja impresionante que se mantiene hasta el final del período estudiado. ¿Cómo habría que interpretar este hecho? Si no existe ninguno de tipo metodológico, quiero decir, relacionado con la calidad de las fuentes, podría pensarse que la crisis demográfica del Nuevo Mundo, que llegó a su cenit a fines del siglo XVI rebajó las oportunidades y la perspectiva de rápidas ganancias para los emigrantes. Pero esta es una hipótesis que habría que comprobar.

Muchas otras reflexiones sugiere la lectura de estas cartas, que tampoco carecen de interés desde el punto de vista cultural y lingüístico. La mayoría se expresa con claridad y sencillez, escriben con soltura, no dan idea de un pueblo mayoritariamente analfabeto. Muchos bachilleres y licenciados de hoy tendrían que aprender ese arte tan sencillo y difícil de escribir una carta familiar.

Temo que no he dado más que una idea muy somera del contenido de este libro. Tendría que mencionar también el corto pero sustancioso prólogo redactado por D. Ramón Carande a sus 98 años de edad, tal vez el último escrito que salió de su fecunda y bien cortada pluma. Cualquier lector descubrirá otros muchos méritos y alicientes en esta obra.

Antonio Domínguez Ortiz



F. D. Peat y la sincronicidad

El universo físico y mental, las célebres relaciones confusas de cerebro y mente, los orígenes de materia y vida, el significado de la evolución, están todavía, y se cree que por mucho tiempo, inmersos en amplias zonas de oscuridad. Lo que hasta ahora se lleva descubierto en relación al comportamiento de las leyes físicas y de la conciencia (si es que la conciencia tiene otras leyes independientes de su ética) no oculta a veces más que otros planos mucho más complejos y sutiles apenas entrevistos por la perspicacia ya forzosa y desmesuradamente imaginativa del investigador.

Haya o no conclusiones de toda evidencia, se trate de descubrimientos singulares o de meras hipótesis de trabajo, la exploración de campos no convencionales próximos a la frontera del conocimiento despierta un interés que excede el ámbito de las especializaciones restrictivas y obliga al profano a detenerse un poco perplejo al borde de su mundo no por familiar menos controlado.

Quizá ya lo he dicho en otras ocasiones: cualquier punto de partida en una práctica literaria de género amplio, ensayo, pensamiento o tratado, incluso novela, siempre con voluntad de tesis, es válido para intentar acceder como a una especie de «concepción del mundo», ya se refiera este «pretexto» a la libido y el inconsciente en Freud, a la economía en Marx, al absurdo en Kafka, a la voluntad de poder en Nietzsche, al maquinismo en Mumford, al perspectivismo en Ortega o, como en el caso presente, a la sincronicidad en Peat¹, que viene tratada como elemento apto

¹ F. David Peat: Sincronicidad. Ed. Kairós, Barcelona, 1989, 289 pp.

para tender un puente entre zonas hasta ahora poco conciliables de mente y materia.

Intentar aunar esas esferas de la conciencia y el órgano, la física y el alma, el espíritu y la célula, la limitación del ser humano y la infinitud del cosmos es una vieja y dramática aspiración que, por cierto, en los tiempos primitivos de la magia y el mito se planteaba con menos virulencia y sabiduría que a partir de las constataciones racionales de la ciencia y la filosofía, las cuales, a través de un vértigo de lo insondable y sin necesidad de renunciar a sus bien penosamente conquistadas objetividades, tratan ahora —y es un empeño bastante perceptible— de asumir, como si dijéramos, las condiciones de verificabilidad contenidas en el gravamen prelógico y mistagógico de las religiones filosóficas de la antigüedad.

Peat es un investigador del National Research Council de Canadá, autor también en colaboración con David Bohm de *Ciencia, orden, creatividad*², obra relevante, entre otras cosas, por su crítica diáfana de la especialización (fragmentación en el peor de los casos) a que han llegado los métodos de análisis científico, la pérdida del sentido de la globalidad y, por ejemplo —de absoluto interés para el «creador» literario—, el aporte de la metáfora en el proceso de flexibilización imaginativa dentro de los parámetros perceptivos de la ciencia. Mediante jugoso razonar con base en la sugerencia asociativa de la metáfora, una imagen de Shakespeare puede desembocar en el hallazgo newtoniano de la ley de gravitación universal. La tensión de la palabra metafórica crea campos de inspiración científica susceptibles de ser trasladados a un lenguaje matemático más libre de rigideces normativas, «inspirado», por decirlo así.

Pero volviendo a Peat, la sincronicidad (coincidencia significativa, patrones de causalidad relacionados significativamente, en la definición de principio) puede servir de apoyo para la construcción de un nexo entre los mundos interior y exterior, dado que representa —la sincronicidad— «un pequeño defecto en la estructura de todo lo que hasta ahora hemos considerado como la realidad», más allá de los conceptos convencionales del tiempo y de las leyes admitidas de la naturaleza.

Trataríase de buscar —digamos en lenguaje pedestre e inteligible— el sentido oculto de las *casualidades* repetiti-

vas y significantes (para el sujeto en cuestión) que no responden a la mecánica de las *causalidades* (salvo errata, no es juego de palabras).

Las anécdotas de sincronicidad o los ejemplos prácticos que pone Peat resultan poco convincentes o, en cualquier caso, aleatorios, pero el despliegue teórico es subyugador y se nutre en gran medida de la revolución operada por la relatividad de Einstein, la teoría cuántica y el principio de incertidumbre de Heisenberg en la mecánica gravitatoria y el universo físico de Newton.

«Mientras las leyes convencionales de la física —dice Peat— no tienen en cuenta los deseos humanos o la necesidad de un significado —las manzanas se caen tanto si lo deseamos como si no—, las sincronicidades actúan como espejo de los procesos internos de la mente y toman la forma de manifestaciones exteriores de transformaciones interiores». Descubrir cómo el «significado» puede desempeñar un papel en nuestro universo físico es uno de los retos principales de este libro. Así es. Quiere decir nada menos que determinados sucesos subjetivos, casuales, caprichosos —aparentemente— y de probable absoluta eventualidad interna pueden significar *algo* que permitiría la conexión coherente del mundo físico y objetivo con el de la psicología y el de la individualidad. La identificación probada del uno y el todo heraclitanos.

Otras pistas, oscuros canales de investigación, sutiles huellas olvidadas en el léxico de la cultura es lo que aquí se propone con carácter original o al menos como herencia poco dilucidada, con apoyo en el hecho cuántico de que el observador del universo no es ajeno al mismo, sino que modifica lo observado, es más participante que observador y la partícula microscópica de su existencia comporta también todas las leyes del macrocosmos, por lo que la parte es el todo y el todo es la parte.

El biólogo austriaco Paul Kammerer —a quien por cierto ridiculizó en sus memorias Alma Mahler— con sus aco-taciones sobre la «serialidad acausal», el psicólogo Carl Jung —que riñó con Freud— y el físico Wolfgang Pauli contienen el embrión estudioso de la sincronicidad, definida por Jung como «principio conector acausal» (curiosa o dramáticamente, aunque Peat no lo incluye en el orden de las coincidencias significantes, Kammerer se pegó un tiro, la madre de Pauli asimismo cometió suicidio, Pauli era alcohólico y excéntrico y el propio Jung concibió su teoría del «inconsciente colectivo» —base de la sincronicidad— en medio de una grave depresión). El inconsciente colectivo de Jung se diferencia del inconsciente de Freud en que

² David Bohm y David Peat: *Ciencia, orden, creatividad*. Ed. Kairós, Barcelona, dic. 1988, 299 pp.